

Cory MacLauchlin

Una mariposa en la máquina de escribir

La vida trágica de John Kennedy Toole
y la extraordinaria historia de
«La conjura de los necios»

Traducción de Daniel Najmías



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:
Butterfly in the Typewriter
Da Capo Press
Boston, 2012

Ilustración: fotografía de John Kennedy Toole, © Walter Carreiro.
Diseño © Office of Paul Sahre

Primera edición: mayo 2015
Primera edición impresa en Argentina: agosto 2015

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
© De la traducción, Daniel Najmías, 2015
© Cory MacLauchlin, 2012
© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2015
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-0798-1
Depósito Legal: B. 8401-2015

La presente edición ha sido realizada
por convenio con Riverside Agency, S.A.C.

Impreso en Argentina

Arcángel Maggio División Libros - Buenos Aires

Para Danievie, Elliott y Liam

Creemos que el libro se vendió bien,
aunque la tapa en sí atraería la atención de un comprador:
una abeja enorme, abstracta, aplastando a una mariposa
con una tecla de la máquina de escribir.

JOHN KENNEDY TOOLE,
«The Arbiter» (inédito)

INTRODUCCIÓN

La vida y la muerte de John Kennedy Toole forman una de las historias más fascinantes de la biografía literaria norteamericana. Después de escribir *La conjura de los necios*, Toole se carteo durante dos años con Robert Gottlieb, de la editorial Simon and Schuster, con quien intercambió correcciones y comentarios. Al no obtener la aprobación de Gottlieb, Toole, considerándola un fracaso, abandonó la novela. Años más tarde padeció una crisis nerviosa, emprendió un viaje de dos meses por los Estados Unidos y acabó suicidándose en una calle cualquiera en las afueras de Biloxi, Mississippi. Pasaron unos años hasta que su madre encontró el manuscrito en una caja de zapatos y lo envió a varios editores. Tras numerosos rechazos, acorraló al escritor Walker Percy, a quien *La conjura* le pareció una novela brillante y facilitó su publicación. El libro no tardó en convertirse en un éxito inmediato, y en 1981, doce años después de la muerte de Toole, obtuvo el Premio Pulitzer.

Desde entonces, se ha saludado a *La conjura de los necios* como la novela que plasma la quintaesencia de Nueva Orleans. Como dan fe muchos habitantes de esa ciudad, ningún otro escritor ha captado el espíritu de Nueva Orleans con más precisión que Toole, y hasta hoy la ciudad sigue honrando a su autor. Una estatua de Ignatius Reilly, el protagonista, se alza delante de D. H. Holmes, unos antiguos grandes almacenes de Nueva Orleans. Los personajes del libro desfilan por sus calles el día de Mardi Gras, y cualquier lector de la novela que visite el Barrio Francés sonreirá al tropezar con el omnipresente carrito de Lucky Dogs.

Sin embargo, la novela sobrepasa los límites del regionalismo. Si bien Toole sitúa a los personajes y la trama en Nueva Orleans, su enfoque narrativo refleja influencias de los novelistas británicos Evelyn Waugh, Kingsley Amis y Charles Dickens. En el contexto de la literatura norteamericana, Toole está más cerca de Joseph Heller y Bruce Jay Friedman que de escritores sureños icónicos como Flannery O'Connor y William Faulkner. En el ámbito de la literatura sureña, *La conjura* parece una aberración. No obstante, con su humor oscuro y su mordacidad, encaja perfectamente dentro del panorama de la novela moderna.

Su éxito continuo es el mejor testimonio de la capacidad del texto para ir más allá de los límites de esa franja de tierra situada entre el lago Pontchartrain y el río Mississippi. *La conjura de los necios* todavía sigue cosechando lectores. Traducida a más de treinta lenguas, continúa imprimiéndose en todo el mundo. Maestros y profesores utilizan la novela en sus clases, tanto en la enseñanza secundaria, en las clases dedicadas al género satírico, como en cursos de posgrado en escritura creativa. No han sido pocos los proyectos para llevarla al cine, y una y otra vez aparece en los medios populares en las listas de las mejores novelas. Anthony Burgess, por ejemplo, en su artículo «Modern Novels; the 99 Best», publicado en el *New York Times*, la sitúa junto a *Por quién doblan las campanas* y *El guardián entre el centeno*. No cabe duda de que *La conjura* es más que un paseo humorístico por una ciudad sureña; es un clásico de la literatura moderna.

Y el lugar que ocupa se lo ha ganado a pulso. En el prólogo, Walker Percy la describe como una compilación del pensamiento y la cultura occidentales, de Santo Tomás de Aquino a Don Quijote y Oliver Hardy, y considera que su colección de personajes es un logro sin parangón. Asimismo, la califica de comedia que va más allá del simple humor para ascender a la forma más alta de *commedia*. Con todo, si bien Percy celebra los grandes logros del libro, no se siente cómodo a la hora de enfrentarse con la tristeza que lo inunda, una tristeza cuyas raíces hay que buscarlas en la vida de Toole. Escribe Percy: «La tragedia del libro es la tragedia de su autor, su suicidio en 1969, cuando tenía treinta y dos años.» A partir de entonces, los lectores de *La conjura* han tenido que manejar esa intrigante paradoja de la tragicomedia; la risa nunca está lejos del

dejo de tristeza que produce recordar el trágico final de Toole. Más que la mayoría de las novelas, *La conjura* anima al lector a tener presentes la vida y muerte del autor; y aunque el suicidio de Toole es un dato conocido por todos, su personalidad, su lucha y sus triunfos —en esencia, su vida— han sido hasta hoy una entrada poco importante en la colección de biografías de novelistas del siglo XX.

Es posible que algunos críticos defiendan el lugar marginal que Toole ocupa dentro del canon de la literatura norteamericana. Con sólo una novela digna de mérito, es un autor fácilmente descartable, una flor de un día. A pesar de su talento, no proporciona a los estudiosos una serie de novelas que diseccionar. Con todo, esa crítica raramente ha mermado el interés de los biógrafos por Harper Lee, Emily Brontë o Margaret Mitchell; y si tomamos como referencia la calidad, entonces el escritor prolífico no tiene, dentro del canon literario, más valor que el individuo que compone una sola obra maestra.

De hecho, el interés por nuestro autor no ha decaído nunca desde la publicación de *La conjura de los necios*. Ya en 1981, escritores y estudiosos reconocieron lo extraordinaria que fue su vida y su lugar dentro de la historia literaria. Hasta su muerte en 1984, Thelma Toole, la madre de John K., recibió muchas peticiones de permiso para escribir una biografía de su hijo y nunca lo concedió. No obstante, en su respuesta a James Allsup, conocido del autor desde los días del ejército en Puerto Rico, que había hecho carrera como profesor de inglés, Thelma resumió los requisitos básicos que debía cumplir un biógrafo de su hijo:

Querido señor Allsup:

Sus cualificaciones para escribir una biografía de mi hijo son excelentes, pero, si aprobara su solicitud, esto es lo que espero que entienda: tendría que pasar varios meses en mi casa, un año, tal vez más; después tendría que leer detenidamente el abundante material de mi hijo, y luego usted y yo decidiríamos qué utilizar y qué no. Concluido ese proceso, comenzaría nuestra colaboración.

Tras enumerar esas estipulaciones, Thelma dijo cortésmente que no.

Para cualquier profesor de renombre, las hipotéticas esperanzas de Thelma serían absurdas; con todo, ella describe con exactitud el difícil terreno que un biógrafo de Toole tendría que transitar. Incluso para la madre, que en todo lo tocante a su hijo solía parecer omnisciente, escribir el relato de la vida de Toole era una tarea de proporciones enormes. Lo intentó en una ocasión, pero sólo consiguió redactar unas pocas páginas.

El desafío quedó dolorosamente patente en la primera biografía de Toole, *Ignatius Rising: The Life of John Kennedy Toole*, escrita por René Pol Nevils y Deborah George Hardy. Si bien los biógrafos ofrecen al lector un material sin precedentes al publicar la correspondencia entre Gottlieb y Toole, aunque sin el permiso de Gottlieb, también presentan a Toole como un hombre atormentado por el complejo de Edipo, por una homosexualidad reprimida, el alcoholismo, la locura y una clara atracción por la promiscuidad. En *Ignatius Rising*, el autor se convierte en una caricatura del artista maldito. Si bien algunos críticos perdonaron a Nevils y Hardy esa indiscreción, muchos amigos del escritor opinaron que el libro rezumaba insidia. Joel Fletcher, amigo de Toole, señaló, enfadado: «Los autores han escrito sin ningún criterio medias verdades y falsedades sobre un amigo que no está entre nosotros para defenderse.»

Preocupado por el sensacionalismo de *Ignatius Rising*, Fletcher escribió *Ken and Thelma*, libro en el que ofreció un equilibrado esbozo biográfico del escritor, basado en entrevistas y en sus propios recuerdos. Con todo, y como él mismo reconoce, se trata de «unas memorias, no de una biografía». En *Ken and Thelma*, Fletcher subraya: «Aún está por escribir una buena biografía de Toole. Espero que un futuro biógrafo de este autor encuentre útil este relato, un documento exacto.» De hecho, Fletcher ha escrito la obra más creíble hasta hoy sobre el autor de *La conjura de los necios*, y me ha brindado una orientación imprescindible para escribir mi libro.

Con la intención de comprender a Toole, nunca quise diagnosticarlo ni asignarle el molde del artista atormentado. Al leer sus cartas, sus poemas y relatos inéditos, al entrevistar a sus amigos, sus familiares y conocidos, intenté comprenderlo en sus propios términos, y he intentado redactar un relato biográfico en el que Toole se reconocería si hoy pudiera leerlo.

A lo largo de esa exploración, podemos ver a Toole en toda su complejidad. A veces, las circunstancias anómalas de su infancia y de su marginación social provocan compasión; otras, su sentido de superioridad y sus comentarios cortantes lo presentan como un ser deplorable. Sin embargo, incluso aquellos a los que ofendió disfrutaron sin reparos de sus historias y su inteligencia. John Kennedy Toole luchó sin cesar por definirse como un intelectual o un autor de ficción, como un hijo movido por el deber filial o un hombre independiente. Al final, su vida constituye un caso único de un hombre que desbordaba humor, que se esforzó por alcanzar la gloria sin poder encontrar un camino para enfrentarse a sus demonios.

A pesar de todos mis esfuerzos, Thelma siempre será, naturalmente, la fuente principal, la mano que ha dado forma a la manera en que entendemos la vida de su hijo. Fue ella quien decidió qué documentos quedarían para la posteridad y cuáles no. Salvó escritos varios de los días de Toole estudiante —cuadernos azules y deberes de matemáticas—, pero destruyó la nota que dejó antes de suicidarse. En las entrevistas, Thelma Toole siempre dio una visión nostálgica de su hijo, un retrato empático y unidimensional de un genio no reconocido, del nacimiento a la muerte, pero rara vez habló sobre el trastorno mental de John. Si bien afirma que su mente era un «Parnaso», oculta datos que permitirían comprender el terremoto que lo redujo a escombros.

A fin de evitar los momentos más desagradables de la vida de su hijo, Thelma prefirió evocar los que ella idealizaba, por lo general momentos de la infancia. Al recordar las horas que pasaba contemplando a su bebé, dijo: «Esos ojos, esos ojos magníficos. No sólo hermosos, sino también luminosos. Había una luz en esos ojos.» Naturalmente, era imposible que entonces la madre viera a su hijo adulto dentro de un coche en una carretera comarcal en las afueras de Biloxi, con una manguera de jardín que despedía los gases que acabarían apagando la luz de sus ojos.

Pero ¿qué madre, con su recién nacido en los brazos, puede imaginar semejante horror en un momento de tanta felicidad? No, la sombra del suicidio no se proyectaba entonces sobre esa cuna, y tampoco cuando Toole nadaba con sus amigos en el estanque de Audubon Park, ni cuando se fue a Nueva York a estudiar en la Universidad de Columbia o enseñaba inglés a los reclutas en Puer-

to Rico, y menos aún mientras escribía su obra maestra. Sólo en retrospectiva el suicidio pasa a ser el oscuro telón de fondo de su inmenso talento. Mientras vivió, Toole emocionó a sus familiares y amigos, y también a sus alumnos, con su ternura y su humor. Y con su singular novela sigue emocionando a lectores de todo el mundo gracias a su capacidad para ilustrar los rasgos más ridículos y sin embargo más realistas de la humanidad. Por eso, si bien se quitó la vida, la historia de esa vida merece la comprensión y los elogios que brindamos a todo escritor que ha legado al mundo una contribución perdurable.

1. RAÍCES

En 1963, un domingo por la tarde, en un pequeño barracón de Fort Buchanan, Puerto Rico, el sargento John Kennedy Toole apoyó los dedos en el teclado de una máquina de escribir prestada y miró fijamente el vacío de una página en blanco. Hacía años que soñaba con ser escritor, pero sus tentativas habían terminado siempre en decepción. Con la novela que había escrito a los dieciséis años no consiguió ganar un concurso literario, y ahora el manuscrito acumulaba polvo en una caja, debajo de su cama en Nueva Orleans. El propio autor consideraba descartables los poemas y relatos que había escrito en los cursos de posgrado, y el verano que se dedicó a escribir, antes del campamento de instrucción para reclutas, no produjo nada digno. Con todo, decenas, y es posible que cientos de personajes pintorescos, poblaban su imaginación, pero encajar a esos personajes en un relato demostró ser un gran desafío.

Así, una vez más, Toole se aproximó a la frase decisiva en la que su historia remontaría el vuelo o se estrellaría en la oscuridad. Sin embargo, esa vez las circunstancias eran otras. El servicio militar en Puerto Rico le alivió las presiones económicas y familiares de la vida civil, y el hecho de vivir a mil seiscientos kilómetros de su casa lo ayudó a reflexionar sobre las costumbres únicas de su ciudad, Nueva Orleans. Lejos de allí, y sin presiones, Toole aprovechó la oportunidad. Recordó un personaje al que llevaba años dándole forma, un bigotudo de refinada inteligencia y modales grotescos, un bufón con aires de intelectual y ojos de distinto color, que ofrecía la lente distorsionada ideal para examinar de cerca su ciudad.

El joven sargento quebró el silencio de la habitación aporreando las primeras teclas y envió a Ignatius Reilly, el medievalista obeso, al carnaval de Nueva Orleans. La lengua comenzó a fluir, y también las energías acumuladas durante una década, y ambas fueron llenando página tras página mientras él convocaba a los personajes de su pasado en un cuento absurdo e hilarante. A lo largo de los meses que siguieron, inundó a Toole la emoción de estar escribiendo, por fin, algo legible y publicable. Su futuro éxito, las reseñas entusiastas, los lectores fieles, los elogios y los premios que recibiría, eran algo completamente desconocido para él. No obstante, mientras seguía tecleando en su pequeña habitación privada y la vibrante música del novelista salía bailando por las ventanas abiertas, transportada por la brisa del Caribe, Toole ascendía hacia su momento estelar y daba forma a su obra maestra, *La conjura de los necios*, sin dejar de soñar con su querida Nueva Orleans, esa arca de cultura que se aferraba a las orillas del Mississippi. «El París del Sur», «la cuna del jazz», «la ciudad más interesante de Norteamérica», su ciudad natal, se movía a su propio ritmo y atraía todas las variedades y los colores de la humanidad que paseaba por sus calles, donde se nutría de las tradiciones de Europa, del Caribe, de África y de los Estados Unidos para crear sonidos y sabores que formaban un mundo en sí mismo.

De esa complejidad cultural surgieron la vida y la visión artística de John Kennedy Toole. Como señaló una vez su amigo Joel Fletcher, Toole era «Nueva Orleans en estado puro, y la ciudad era parte del tejido de su persona». En efecto, Toole pasó gran parte de su vida cerca de las gentes únicas de su ciudad, desde los bohemios del extravagante Barrio Francés hasta las ancianas del centro que cotorreaban junto a los mostradores de los grandes almacenes. Así desarrolló un oído sensible y una vista aguda para las sutiles peculiaridades de tal o cual personalidad, aun en una ciudad rebotante de excéntricos. Sin embargo, los cimientos de sus asombrosas visiones de un lugar que ha fascinado y esquivado a los escritores durante siglos, se pusieron, en realidad, mucho antes de su nacimiento, pues Nueva Orleans era mucho más que la ciudad en que había crecido. Toole era hijo de Nueva Orleans, un nativo que descendía de las familias europeas que se mezclaron en los barrios de la metrópoli antes de la guerra. Sus antepasados eran

franceses, españoles e irlandeses, pero todos se convirtieron en ciudadanos de Nueva Orleans y plantaron las raíces de sus familias en el suelo húmedo del sur de Louisiana.

El primer antepasado de Toole en llegar al Nuevo Mundo fue el bisabuelo de su madre, Jean-François Ducoing, que, procedente de Francia, desembarcó hacia finales del siglo XIX. Ducoing se hizo famoso «manejando hábilmente el mortero solitario» a las órdenes de Andrew Jackson en la batalla de Nueva Orleans. La madre de Toole documentó orgullosa esa hazaña en un librito que guardó para su hijo, pero, por lo visto, pasó por alto otros datos históricos. Por ejemplo, Ducoing fue socio del legendario pirata Jean Lafitte. Forajido idealizado y héroe también en la batalla de Nueva Orleans, Lafitte era el cabecilla de una banda del distrito de Barataria que comerciaba con esclavos y otras mercancías de contrabando tomadas de barcos españoles y que acababan en los mercados de la ciudad. El honorable antepasado de Toole tuvo algo que ver en tales hechos heroicos: de un seguro fraudulento a un buque de la marina a la fundación de esa farsa que fue el gobierno de Lafitte en Galveston. Con todo, esas maquinaciones dieron sus frutos en Toole, y es posible que, inflando la verdad sobre su linaje, una vez contara a uno de sus amigos que no sólo descendía del célebre Jean Ducoing, sino que también tenía algún parentesco con el famoso corsario Jean Lafitte.

Además de ese antepasado francés, cabe citar a la abuela paterna de Toole, Mary Orfila, hija de un comerciante español que había llegado a mediados del siglo XIX. Así, Toole se apoyaba en los dos principales pilares de la herencia europea de Nueva Orleans: los franceses, que fundaron la ciudad en 1718, y los españoles, que la gobernaron durante cuarenta años. Sus descendientes fueron dignificados con la denominación de criollos (*creole*) y honrados tradicionalmente como «puros».

No obstante, esos orígenes privilegiados se vieron compensados por la influencia, más realista, de los irlandeses. Tanto su madre como su padre tenían antepasados irlandeses que habían llegado a Nueva Orleans empujados por la hambruna de la patata de mediados del siglo XIX. Considerados al principio mera mano de obra barata, muchos inmigrantes irlandeses acabaron cavando canales con el agua hasta la cintura en los pantanos de las afueras de

la ciudad, un trabajo considerado demasiado peligroso para los valiosos esclavos. Los irlandeses se establecieron al sur de la ciudad vieja, a lo largo del Mississippi, en una zona que terminó conociéndose como Irish Channel, el Canal Irlandés. Tras sobrevivir a grandes penurias, finalmente prosperaron y tuvieron gran influencia en la formación del acento típico del centro de la ciudad, el *yat*, donde resuenan formas dialectales que pueden oírse en los barrios de Nueva York.

Esos orígenes mezclados cuentan una parte de la historia de Nueva Orleans, la manera en que fue creciendo con la llegada de oleadas de inmigrantes y cómo los distintos grupos étnicos crearon sus propios barrios, en los que mantuvieron vivas sus tradiciones. En ese sentido, Nueva Orleans se parece a algunas de las grandes ciudades portuarias del país, como Baltimore, Nueva York y Boston. Sin embargo, al final, cuando las familias se mezclaron y cambiaron de barrio, las líneas étnicas que las separaban se volvieron borrosas. Mientras que el lado materno llevaba orgulloso la herencia criolla del apellido francés Ducoing, y el lado paterno el apellido irlandés Toole, a finales del siglo XIX los Ducoing y los Toole ya vivían en el Faubourg Marigny, una zona situada en los márgenes exteriores de la ciudad vieja. El hecho de que una criolla y un hijo de inmigrantes irlandeses fueran vecinos indica, por una parte, el declive de la predominancia criolla en la economía de Nueva Orleans, pero, por otra, refleja la capacidad de la clase trabajadora para hacerse un lugar respetable en la ciudad a pesar del antiguo orden social. Y a finales de siglo cada una de esas familias tuvo un hijo: el niño Toole y la niña Ducoing crecieron separados por una manzana de distancia en Elysian Fields Avenue, la misma calle «turbia» en la que Tennessee Williams ambientó su desventurado drama *Un tranvía llamado deseo*.

Thelma Agnes Ducoing, la madre de Toole, nació en 1901. Desde la primera infancia aspiró al estrellato, y estudió interpretación, danza y canto. Más tarde, alardeaba muy orgullosa de haber entrado pronto en el mundo del teatro. «Comencé a estudiar interpretación cuando tenía tres años», decía, arrastrando las erres con las florituras de un actor especializado en Shakespeare. Criollo altanero, su padre le inculcó el aprecio por las artes y la «cultura» que ella luego transmitió a su hijo. Por desgracia, el padre de

Thelma sentía debilidad por las mujeres. Adúltero empedernido durante toda la infancia de Thelma, hacía lo que se le antojaba. Sólo de adulta a Thelma le pareció raro que su padre llevara descaradamente a otra mujer en un viaje de placer a Cuba y dejara en casa a su esposa y a sus hijos. Fue el primero de los muchos hombres que la defraudaron, pero es posible que el dolor que le provocaba su padre alimentase su espíritu exaltado. En 1920 se graduó en la Escuela Normal de Nueva Orleans, donde obtuvo el diploma de maestra de párvulos, y ese mismo año se diplomó en música en el Southern College. Durante un tiempo soñó con irse a Nueva York, pero nunca pudo dejar el lugar que su antepasado Jean-François había defendido con la espada. Así pues, decidió quedarse en su ciudad natal, donde enseñó música y teatro en escuelas públicas.

Cuando empezó su carrera docente, también empezó a salir con John Dewey Toole Jr., un hombre que en poco se parecía a su padre. Tranquilo y sumiso, su atención y su talento debieron de significar un futuro prometedor para Thelma, que recordó así los primeros días: «Era guapo [...] con talento para la abogacía, capacidad para la oratoria y para las matemáticas.» Nacido en 1899, John Toole Jr. siempre fue un estudiante brillante. Su padre murió cuando él tenía ocho años, con las consiguientes dificultades para la familia, pero, alentado por su hermano mayor, John no descuidó los estudios. Sacó las mejores notas en el instituto Warren Easton, recién inaugurado en Canal Street, y demostró tener grandes dotes para las matemáticas. En 1917 ganó un concurso de oratoria y le concedieron una beca para la Universidad Estatal de Louisiana, pero no la aceptó y decidió quedarse en Nueva Orleans. Sirvió en el ejército hacia fines de la Primera Guerra Mundial, si bien nunca salió de los Estados Unidos. Y, mientras estudiaba en la Universidad de Tulane —un último intento por terminar una carrera universitaria—, en 1919 comenzó a trabajar en el departamento de recambios de un concesionario de automóviles. Con un puesto de «mucha responsabilidad» y un «sueldo alto», comenzó a cortejar a su joven vecina, Thelma Agnes Ducoing.

Aunque John y Thelma trabajaban y se ganaban bien la vida, jamás hicieron realidad las aspiraciones de su juventud. Él nunca obtuvo un título universitario y ella nunca brilló en un espectáculo

de Broadway. Los dos tenían ya alrededor de veinticinco años y se acercaban a la edad en que las perspectivas de un matrimonio comenzaban a ser limitadas. Así pues, tras abandonar los sueños de grandeza, el aspirante a licenciado y la aspirante a actriz se casaron el 29 de diciembre de 1926 en la iglesia de San Pedro y San Pablo, a escasos metros de donde vivían, y comenzaron su vida conyugal en el apogeo de los locos años veinte. Se mudaron a una casa sita en Bayou St. John, cerca del extenso City Park, donde disfrutaban dando fiestas y recibiendo invitados.

Thelma recordaba con cariño esos primeros días, pero nunca olvidó lo mucho que padeció las políticas sexistas de la época. Las escuelas públicas de Nueva Orleans no permitían que una mujer casada fuese profesora titular. Obligada a dejar su puesto docente, pero jamás satisfecha con su papel de ama de casa, siguió enseñando como profesora, directora y pianista por cuenta propia, y daba clases de música, buenos modales y dicción. Más o menos en la época en que se casaron, John dejó su empleo de director del departamento de recambios para vender Oldsmobiles y Cadillacs, un empleo que en 1926 debía de percibirse como potencialmente rentable. Los recién casados se mudaron durante un tiempo al acomodado barrio de Uptown, a pocos pasos de la Universidad de Tulane. La Gran Depresión que siguió al crac económico de 1929 afectó, y mucho, a John y Thelma, pues el sueldo de John dependía de las comisiones. Él perdió su trabajo, y luego el matrimonio se quedó sin los muebles y sin la casa. En 1932, con gran decepción para Thelma, se vieron obligados a volver a Marigny y a vivir con la madre de John.

Con el brillo de la luna de miel apagado hacía mucho tiempo, la pareja volvió a encontrarse en el mismo barrio del que se habían marchado. Seis años pasaron allí mientras el viejo Marigny seguía deteriorándose igual que muchas otras zonas de la ciudad. John y Thelma se acercaban ya a la treintena y ella parecía incapaz de concebir. Habían pasado diez años juntos, eran un matrimonio sin hijos y con cada año que pasaba los días felices iban enterrándose más y más en las sombras de la memoria.

Sin embargo, en 1937, el destino dio un giro inesperado. Como después contaría Toole a sus amigos, un día, en una fiesta —oportunidad en la que, en Nueva Orleans, nunca faltaba alcohol en

abundancia—, Thelma Toole tropezó con unos escalones y cayó al suelo. La caída debió de sacudir sus entrañas lo suficiente para quitarle lo que le impedía ser madre, porque poco después se quedó embarazada. Y su hijo, al contar la historia de ese afortunado incidente, parecía disfrutar pensando en el carácter accidental de su nacimiento.

Tal como se esperaba, el embarazo lo cambió todo. John consiguió un nuevo empleo de vendedor en Pontchartrain Motors, en el distrito comercial del centro. Las ventas de automóviles aumentaron a medida que el país salía de la Gran Depresión, y los Toole se mudaron a una casa en pleno centro de Uptown, lugar ideal, en Nueva Orleans, para criar a un niño. Allí, a lo largo de la St. Charles Avenue, se alzaban mansiones palaciegas, dos universidades privadas, dos institutos exclusivamente femeninos, las mejores escuelas primarias y secundarias de la ciudad, un parque exuberante de setenta y cinco hectáreas, con fuentes, paseos bordeados de palmeras y un zoo, todos protegidos del ardiente sol de Louisiana por las anchas copas de robles siempre verdes. No es de extrañar que los Toole, una vez instalados en Uptown, no quisieran dejar ese barrio aun cuando apenas podían permitírselo.

Con todos los preparativos en marcha para recibir al bebé, llegó diciembre con sus fiestas de Navidad y aumentaron las expectativas de los futuros padres. Y el viernes 17 de diciembre de 1937, en el Hospital Touro, sito en el barrio de los jardines de la ciudad, John y Thelma dieron la bienvenida al que sería su único hijo. Lo bautizaron John; Kennedy, el apellido de la abuela de Thelma, sería su segundo nombre. Para abreviar, en adelante lo llamaron Kenny. Tras el parto, que salió bien, John Toole le dio al médico de guardia una propina de cinco dólares. Cuando recordaba esa torpe transacción entre su marido y el facultativo, Thelma se burlaba: «Ni siquiera me regaló un frasco de perfume.» Tampoco los tiernos momentos que siguieron al nacimiento del hijo consiguieron suavizar parte del encono que con los años se había instalado entre Thelma y John. No obstante, estaban embobados con Kenny, que, como Thelma recordaría después, tenía unos ojos preciosos.

Fuera de los muros del hospital, en la vieja Crescent City, otro de los nombres por los que se conoce a Nueva Orleans, se celebraba el fin de semana bajo la luna llena de una noche clara y

fría. Como todos los viernes por la noche, la gente salió a pasear por las calles y callejones del Barrio Francés. Por todas partes se oían sonoros acordes de jazz, que salían por las puertas de los «clubs nocturnos de negros» hasta llegar al salón azul del exclusivo Hotel Roosevelt. Los clientes comían ostras Rockefeller en el Antoine's, mientras, en la calle, la clase trabajadora devoraba los típicos bocadillos *po'boys*. Y, delante de Jackson Square y la catedral de San Luis, los vendedores del Mercado Francés se preparaban para recibir a los últimos juerguistas y a los madrugadores, ávidos todos de café con leche y buñuelos calientes. Nueva Orleans vivía de música y comida, y John Kennedy Toole, nuestro artista, recién nacido y arrullado en brazos de su madre, heredaba esa tradición.